

# UNA SINGULAR



**C**uando se acerca la Fiesta de la Rosa del Azafrán, bueno es recordar, que el cultivo del azafrán debido a la laboriosidad que lleva consigo, salvo excepciones, siempre ha corrido a cargo de pequeños agricultores o jornaleros del mismo gremio. De esta forma, aparte de sus trabajos habituales, en la venta de la especia encontraban una fuente de ingresos complementaria. Es por ello, que el ser azafranero, era una tradición que se transmitía de padres a hijos.

En Consuegra, hasta que a finales del siglo XX, por unas causas u otras el cultivo del azafrán dejó de ser rentable, numerosas eran las familias que se dedicaban a dicha labor.

Por la curiosidad de sus orígenes y su trayectoria humana, sirva como ejemplo la familia Mora, cuyos numerosos miembros, en sus sucesivas generaciones, en mayor o menor medida, fueron azafraneros. Incluso una de sus componentes fue Dulcinea de la Fiesta de la Rosa del Azafrán.

La historia que pretendemos narrar tuvo su origen en Turleque, y se remonta al último tercio del siglo XVIII, cuando, en 1777, Vicente de Mora contraía matrimonio en la iglesia parroquial de Turleque con Victoria-Bautista Chaparro Moraleda de los Arados. Fruto de aquella unión fueron naciendo sus cinco hijos.

El mayor de ellos, Lucio Mora Moreno-Cid, de profesión zapatero, en 1843, a la edad de 21 años, se casaba con Paula López-Romero Rodríguez de la Puerta que contaba 17, y le daría tres hijos. Fallecida prematuramente la esposa, en 1852 Lucio se volvía a casar con Petra-Genara Contreras López-Abad de 26 años. Ambos traerían al mundo a: Dionisio-Demetrio en 1854, Andrea en 1857, Mauricia en 1860, Lucía en 1863, Benita-Gabina en 1864 y Vicente-Gil en 1867.



# ESTIRPE AZAFRANERA

Si todos los mencionados residían en Turleque, el hijo mayor del segundo matrimonio, Dionisio-Demetrio Mora Contreras, un tiempo después dejaría su pueblo. El motivo fue, que había conocido a una joven consabureense, -imagínemos que vendimiando en Mencáliz-, de la cual se enamoró.

Tras un periodo de noviazgo, de idas y venidas de Turleque a Consuegra, 30 kilómetros por un rudimentario camino, en burro o a pie, el 3 de febrero de 1883, en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Consuegra, con 27 años, se casaba con Matilde-Florentina Casas Martín-Palomino de 20, hija única de Juan-Luis Casas Galán y de Remigia Martín-Palomino Punzón.

Dionisio, de oficio jornalero agrícola, y Matilde, dedicada a las labores del hogar, (Según el censo municipal de habitantes de aquél año, ninguno de los dos sabía leer ni escribir), se establecieron en casa de sus suegros, en el número 18 de la calle de Santa Teresa donde, también como vecinos, convivían otras dos familias más. En el citado domicilio, nacerían tres de sus hijos: en 1884 José, en 1886 Petronila-Agustina y, en 1889 Sabas.



Entre el jornal del cabeza de familia y la plantación de varios celemines de azafraanal, a cuya recolección colaboraban sus suegros, iban saliendo adelante.

Pero todo ello se vendrá al traste la aciaga noche del 11 de septiembre de 1891, cuando el río Amarguillo se desbordaba, causando más de trescientos cincuenta muertos y la destrucción de cientos de casas.

Aunque en la calle de Santa Teresa hubo trece fallecidos, tres de ellos en el número 16. En el 14, donde ellos residían, milagrosamente no hubo que lamentar víctimas; en cambio sus viviendas quedaron arruinadas.

Por ello, Dionisio, con su esposa embarazada, llevándose también a su suegra, ya viuda, se trasladaban, en alquiler, a la calle de los Canteros donde, en enero de 1892 nacería su hija Eulalia.

Al declararse Consuegra zona catastrófica, Dionisio Mora, por la pérdida de su vivienda recibía del Estado, a razón de 0,40 pesetas el metro cuadrado, la cantidad de 415 pesetas y su suegra, Remigia 154.

Coincidiendo con ello, el periódico madrileño "El Imparcial" proyectaba en el pueblo un barrio de





ochenta casas. Estas irían destinadas a vecinos que habían perdido la suya a causa de la riada, y no pagaban contribución al estar eximidos de ello por falta de recursos.

Como Dionisio y su madre política reunían dichas condiciones solicitaban una de aquellas casas, con la suerte de verse agraciados con la número 37 de la calle de Villajos.

Residiendo en dicha casa, ya de su propiedad, en el barrio de El Imparcial nacían sucesivamente sus hijos: Feliciano en 1895, Matea-Patricia en 1897, Apolonia-Aurea en 1899 y Jesús-Ricardo en 1901.

En esos años, con algunos hijos ya mayorcitos, Dionisio ampliaba los celemines de azafranal, como siempre en terrenos de arriendo.

Poco más de diez años gozaría Dionisio de su familia y de su hogar imparcialero, pues fallecía el 9 de mayo de 1905, a los 51 años de edad. Dejaba viuda y cinco hijos: José, Agustina,

Eladia, Feliciano y Jesús. Tres décadas después, el 11 de julio de 1936, moriría su esposa Matilde con 79 años.

Volviendo atrás, a pesar de las privaciones y penurias de finales del siglo XIX y principios del XX, época en que vivieron nuestros protagonistas, las gentes, a su manera, también se divertían; de ahí que Dionisio Mora, como buen turlequeño, cada vez que se presentaba la ocasión, contagiando de ello a su mujer, daba buena cuenta de su afición y de su arte en el baile. Ello hizo que sus vecinos consaburenses le apodaran: "el tío Bailarín".

Si tras su fallecimiento, durante décadas, hasta que les fue posible, la tradición familiar del cultivo del azafrán, la continuaron sus hijos, nietos y bisnietos; de la misma forma, unos y otros heredaron tanto el apellido Mora, como el apodo "Bailarín" o "Bailarina".

*Julio García Ortiz*

